

MARTITA

Autor: Rosa Mosqueta

“Una mujer de 67 años, atacada a balazos”.

Apoyo la taza de café con leche en la mesita que está junto a mi sillón y tomo el comando del televisor para cambiar de canal. Sólo para encontrarme con la misma noticia.

“Una jubilada bajó de un taxi y en la puerta de su casa fue asaltada por dos motochorros”.

Vuelvo a cambiar el canal para ver, una vez más, la misma noticia. A diferencia de los otros dos noticieros, un rostro arrugado enmarcado por una melena rubia a todas luces producto de la tintura, mira de frente como si quisiera decir algo a los televidentes. Tiene la boca exageradamente pintada con un color que no conviene ni a su edad ni a su cutis y parece querer hablar, hacer una declaración a ese periodista que narra su muerte. Quizás esta impresión resulte de su mirada. Sus ojos celestes no tienen una gota de maquillaje pero resaltan en su cara como si estuvieran cuidadosamente delineados. La voz en off sigue informando que “la mujer fue seguida desde una entidad bancaria y recibió un disparo en el pecho cuando se resistió a que le arrebataran la cartera. Se trata de Marta Abreu que murió desangrada en la vereda antes de que llegara la ambulancia. Los atacantes lograron escapar”.

“Marta, Martita”, digo en voz alta mientras se me agolpan los recuerdos.

“Vení, sentate acá, al lado de Martita”, me pidió la maestra de 4º grado que acababa de presentarme a la clase como la alumna nueva.

“Sí, vení, sentate”, me dijo Martita haciendo un gesto con su mano sobre el pupitre.

La mudanza de mi casa de Castelar que me había arrebatado mis amigos y compañeros de la escuela primaria sin esperanzas de un reencuentro, también me había dejado inerme en esa clase, frente a ese banco que me señalaba la maestra, entregada a la mirada de quienes seguramente estarían analizando cada uno de mis movimientos. “No te preocupes”, agregó Martita como si hubiera leído mis pensamientos.

Era físicamente pequeña por eso su nombre en diminutivo. Su mamá siempre contaba que había nacido prematura y que le había parecido una ratita gritona que se retorció entre las manos del médico como si quisiera escapar. No se diferenciaba demasiado de las otras chicas de su edad. Llevaba su cabello rubio, largo y suelto sobre los hombros lo que le daba cierto aspecto de enana. Su fragilidad era aparente, escondía una gran fuerza de voluntad.

“Tenemos que ganarles a las del grupo de Alcira. Son unas tragas pero con Susi y Julieta las vamos a hacer polvo, vamos a tener el mejor promedio del mes. ¡Vamos chicas!”. “A ver si les ganamos a las del 4º ‘A’ en las pruebas de educación física. No puede ser que estén primeras. Tenemos que sumar más puntos, un poco más de esfuerzo”. “Escuché a nuestra maestra cuando estaba organizando con las de los otros cuartos el concurso de redacción. El tema va a ser ‘San Martín’. Hay que empezar a prepararse”.

Todas estas directivas no se referían a su trabajo sino al nuestro. Ella se limitaba a dirigir y nosotras no discutíamos su manera de organizar las actividades. Con su sonrisa y una mirada chispeante siempre nos convencía de plegarnos a sus ideas.

Rápidamente me incluyeron en el grupo. Nadie objetó mi presencia porque Martita había decidido que yo debía estar ahí. Con el tiempo, fui la más requerida para sus necesidades personales. Aunque no estaba bien que ella no hiciera las tareas que nos

daba la maestra, siempre había una razón para que no hubiera podido hacerlas. Y yo la ayudaba.

“Susi, me olvidé el cuaderno en la escuela y no pude hacer nada. ¿Me pasas tus ejercicios de Matemáticas?”. “No tuve tiempo de leer el capítulo de Historia y no sé cómo contestar las preguntas, ¿me das las respuestas?”. “¿Puedo calcar tu mapa de los indios? ¡Ay! Pero a vos te sale mejor, ¿me lo harías?”

Todas en el aula salvo, por supuesto, la maestra, eran bien conscientes de esta situación. “Es una aprovechadora, no le hagas sus cosas”, me decían algunas compañeras que le habían contado a sus madres y seguramente repetían sus opiniones. “Es una chupasangre, no dejes que te use”, me dijeron más tarde cuando ya casi estábamos terminando la primaria. “No es para tanto, Martita es mi amiga. ¡Cómo no voy a ayudarla!”, les respondía. Ella me demostraba su cariño con infinidad de gestos que las demás no veían y yo le devolvía ese amor con favores que no me costaban nada.

Cuando terminamos el 6° grado, ambas nos presentamos al examen de ingreso a una de las mejores escuelas normales de la Capital. Aunque mi apellido empezaba con R y el de ella con A, se las ingenió para estar en la misma aula y se sentó a mi lado, dispuesta a recibir la ayuda de siempre. Aun a riesgo de que nos quitaran la hoja a las dos y nos anularan el examen, le dicté las soluciones de los problemas que no sabía cómo plantear y las respuestas a las preguntas de geografía e historia.

Martita logró entrar al Normal más solicitado cuando otras compañeras que habían sido mejores alumnas que ella y que habían estudiado con profesores particulares durante todo el año, no habían podido alcanzar el promedio exigido y tuvieron que buscar otras escuelas menos prestigiosas.

“Susi, me tocó la división ‘Inglés con Latín’. ¡Qué porquería!”, me había anunciado quejosa sabiendo que me había tocado ‘Inglés solo’. “Pero no te preocupes, parece que mis compañeras son bárbaras”, había agregado indiferente.

Era mi amiga, estar sin ella había empezado a crear un vacío que nadie podría llenar y sentía angustia por nuestra separación. No sé cómo, convencí a una compañera de ‘Inglés solo’ para que pidiera el cambio. Esto se podía hacer sólo en los primeros días y con el acuerdo de las dos interesadas. Rogué para que la madre de esa chica no la desautorizara. Martita no dijo que no, abandonó sin problemas ‘Inglés con latín’ y se pasó a ‘Inglés solo’ con una sonrisa triunfadora.

Fue mi compañera durante cinco años más. Sin embargo, ya no compartíamos el mismo banco. Había descubierto a Alejandra, una chica de familia adinerada que, además, era socia de un club al que Martita ansiaba pertenecer. Sabía que su propia familia jamás podría pagar el ingreso y las cuotas pero eso no la desalentó, más bien fue lo que la impulsó a cultivar esa amistad y a luchar a brazo partido con otras compañeras que deseaban, como ella, sentarse junto a Alejandra.

Se pegó a ella como si fueran hermanas siamesas. Durante todo el secundario, consiguió que la invitaran casi todos los fines de semana a pasar el día en ese club. Yo no formaba parte del programa y debía conformarme con los relatos de Martita sobre la calidad de los socios y lo bien que lo pasaba.

Cuando llegó el momento de pensar en una carrera universitaria, Martita sufrió su primera desilusión. Alejandra le comunicó que se iba a vivir con su familia a Nueva York y que estudiaría arquitectura en la Universidad de esa ciudad.

Sin Alejandra en su horizonte, volví a ocupar un lugar preferencial. Quiso saber si tenía decidido estudiar en la Universidad. Yo no estaba segura sobre qué carrera elegir.

En mi casa me habían dicho que ya había cumplido con terminar el secundario. Dejaron entonces en mis manos la decisión de seguir estudiando. "Psicología es la mejor", me anunció Martita, no porque conociera la disciplina sino porque le habían dicho que estaba de moda. A mí me gustaba la profesora de "Psicología pedagógica", una señora elegante que tenía una manera suave de dirigirse a nosotras. Entre teoría y teoría, se daba tiempo para contarnos sus experiencias profesionales en las que resaltaba la importancia de la psicología en el ejercicio del magisterio. Esto me convenció.

La hermana mayor de Martita, Amalia, estudiaba en Filosofía y Letras, la misma Facultad en la que se cursaba Psicología. Nunca supe si su carrera era Sociología o Letras, porque no hablaba de las materias en las que se inscribía sino de los bares de los alrededores donde se reunía con quienes llamaba "la crème de la crème de la intelectualidad porteña".

Estábamos en el último año de nuestros estudios secundarios y las austeras reglas impuestas por la preceptora y los profesores se me habían vuelto asfixiantes. El ingreso a la Universidad, en ese entonces, se podía cursar junto con quinto año, en las aulas del Nacional Buenos Aires, de 19 a 21. Comparado con el horario matutino del Normal, esa nocturnidad me parecía el comienzo de una nueva vida. El curso de ingreso iba a comenzaren agosto y todavía era mayo. Los meses se me hacían largos, el tiempo pasaba lentamente.

A menudo, nos reuníamos en la casa de Martita para prepararlas clases de "Práctica de la enseñanza" para los grados de Primaria que nos habían asignado. Llegado el momento, interrumpíamos nuestra tarea para ser testigos del ritual que su hermana escenificaba para nosotras el día que iba a la Facultad. Solíamos mirar extasiadas como obtenía su estilo "Juliette Greco": primero se ponía un polvo facial de un tono muy pálido

y se maquillaba los ojos con el trazo grueso de un delineador negro, luego se acomodaba con cuidado el pelo sobre la cara, bien lacio gracias al uso de la plancha doméstica. Destinaba mucho tiempo a la elección de la ropa. Con predominancia del color negro, armaba un atuendo que solía repetir faldas cortas con unos sweaters dos talles más grandes en los que parecía flotar. Lista para irse, nos sonreía con un gesto de superioridad al colgar su enorme cartera al hombro mientras guardaba, desordenadamente, un cuaderno y apuntes que jamás le vi leer.

Martita sabía que la Universidad no era el secundario. Su temor y resistencia inicial cedieron porque su deseo de superar a Amalia había sido más fuerte. El curso de ingreso le pareció un atajo y la excusa ideal para ganarle. Empezó por usarle la ropa y más de una vez pelearon por los sweaters gigantes. No podía copiarle el estilo *rive gauche* en su totalidad porque no la ayudaba su aspecto físico pero se las ingenió para amoldarse a esa moda y no parecer ridícula. También se maquillaba los ojos aunque en la escuela no lo permitían y más de una vez le refregaron los párpados en el baño.

Aunque no era el espíritu de Filosofía y Letras, Martita se había convencido de que Universidad era sinónimo de élite y que su pertenencia debía demostrarse con lo que creía eran sus comportamientos de clase. Con un desgano estudiado, arrastraba los pies al caminar con unos viejos mocasines que habían pertenecido a Amalia. Los veneraba como si fueran una reliquia porque creía que usar zapatos nuevos era exhibir la hilacha del nuevo rico que no conoce ni las reglas ni el estilo de la "gente bien". Las rajaduras en el cuero, las puntas arruinadas y los tacos desparejos eran, en cambio, el pasaporte hacia el grupo social al que quería homologarse. Caminar como si fuera chueca era, para ella, un signo de distinción. No tenía oportunidad de verse a sí misma con ese bamboleo de la cadera que le daba un aspecto simiesco. Cuando consiguió un novio basquetbolista que

jugaba para el club de sus amores no dudó, sin embargo, en abandonar los mocasines porque la hacían parecer muy baja a su lado y se subió a los tacos aguja de ocho centímetros haciendo oídos sordos a las críticas malévolas que decían que parecía la enana del circo con zancos.

El curso de ingreso le resultó más difícil de lo que había pensado. Aunque contaba con mi ayuda, las normas de la Universidad que regían en el Nacional Buenos Aires, eran distintas a las de la escuela secundaria. Los profesores evaluaban no sólo lo que escribíamos en los ejercicios prácticos sino el desempeño en clase. Martita no leía lo que nos daban y si lo hacía, le costaba comprender.

“¿Qué es esto de la gramática nueva, Susi? No nos enseñaron así en la escuela. ¿No era más fácil eso del sujeto, verbo, predicado y chau?”. “¿Por qué tenemos que leer cosas tan viejas y aburridas, Susi?” “¿El ‘Prometeo encadenado’ de Esquilo, aburrido?”, me reía con su pregunta mientras le recitaba algunos fragmentos que había aprendido de memoria porque reflejaban mis ansias de libertad, pero ella no mostraba interés y seguía con su tono plañidero: “No pude copiar me en la prueba, ¿qué era ese análisis que pedían? Y encima la letra de mi compañero de banco, ino se entendía nada! Llegué tarde y no pude sentarme con vos”.

Nuestro paso por el Nacional Buenos Aires no sólo había implicado la actividad académica. Entre materia y materia o después de clases nos íbamos al Querandí, un bar que estaba en la esquina. Allí nos encontrábamos con estudiantes de otras facultades. Cerca estaba Ciencias Exactas donde años más tarde tendría lugar la famosa noche de los bastones largos. Los futuros estudiantes de Letras, Psicología, Sociología, Historia, Filosofía, nos juntábamos con los que se dedicarían a las Matemáticas y a la Física. También venían de más lejos y se nos unían, los alumnos de Arquitectura e Ingeniería que

se instalaban en el Querandí desde muy temprano. Todos compartíamos las mismas mesas con un grado de camaradería que nunca más volví a vivir.

También participábamos de actividades extracurriculares como sesiones de música, obras de teatro y otras por el estilo que organizaban los del Centro de Estudiantes. Fue en una de esas ocasiones cuando Martita y yo conocimos a Alberto y a Darío.

Alberto fue para mí el amor a primera vista, el *coup de foudre* como dicen los franceses. Tenía 18 años, el cabello muy negro, igual que los ojos que miraban inquietos como si quisiera que no se le escapara ningún detalle. Sus rasgos no respondían a esa mezcla entre español e indio tan común en el norte del país sino al tipo árabe, resultado de los inmigrantes sirios y libaneses afincados allí desde hacía muchas décadas. Por supuesto desconocía todo lo que tuviera que ver con las costumbres de esos países con excepción de su cultura culinaria. Disfrutaba de sus comidas típicas. Había descubierto varios lugares en el Bajo, en la calle Paraguay cerca de Alem, donde compraba las masitas que solían cocinar su mamá y su abuela que habían quedado en Tucumán, cuando él y sus hermanos decidieron venirse a Buenos Aires.

Alberto no me miraba como yo quería que me mirara. Yo tenía apenas 16 años y no sabía qué hacer ni cómo hacerlo para seducir a un hombre. Pensaba que discutir con él los temas que estudiábamos podía ser el camino adecuado, pero sólo conseguí que me considerara su amiga. Además estaba Martita. Siempre conseguía que los muchachos la miraran aun cuando estuviera rodeada por otras chicas. Su falta de timidez resultaba seductora. Sabía cuánto me gustaba Alberto y, según ella, me lo había cedido porque, olvidando a su novio basquetbolista, había empezado a perseguir a un estudiante de Matemáticas mayor que nosotras. Pero yo la conocía. Había sido testigo de cómo tomaba

lo que quería sin importarle nada. Todos nos volvíamos botín de guerra de sus batallas imaginarias en las que peleaba por su autoestima y su deseo de superar a los demás.

Un fin de semana Alberto propuso ir al cine a ver una película argelina que relataba la vida de una militante. Convinimos en encontrarnos en la esquina de Lavalle y Florida. Cuando llegué, Alberto y Darío ya estaban allí fumando un cigarrillo con aire distraído. Darío iba a estudiar Sociología y no decía dos palabras sin que una se refiriera a la teoría marxista. Era un chico de 19 años, alto, desgarbado, el pelo castaño claro siempre caído sobre la cara que no podía esconder el acné de la adolescencia. Había nacido en la provincia de Buenos Aires. Su familia era muy modesta por lo que él había tenido que cursar el ingreso a la Universidad al mismo tiempo que trabajaba en una empresa como cadete. Había aceptado inmediatamente la invitación a unirse a esa salida no sólo porque era amigo de Alberto sino porque estaba profundamente enamorado de Martita. Ella lo sabía y lo incitaba a adorarla en silencio con esa mirada que yo había visto infinidad de veces.

Estábamos los tres esperándola cuando se desató una tormenta. Las ráfagas de viento muy intensas llevaban el agua de la lluvia para todos lados. Nos refugiamos en una galería que nos permitía ver la vereda inundada y la gente que corría a guarecerse. Esperamos más de una hora hasta que Martita llegó empapada. El cabello le chorreaba desordenado, llevaba una camiseta blanca y una pollera de color amarillo que se le habían pegado al cuerpo como habíamos visto en muchas películas cuando la heroína camina toda mojada hacia el personaje masculino y lo invita a mirarla con ojos entre tímidos y ardientes. El mismo gesto que yo descubrí cuando ella miró a Alberto y él le devolvió la mirada.

Como seguía lloviendo, decidimos abandonar el programa del cine, tomar un taxi e irnos a la casa de Martita que estaba cerca de allí. Darío se sentó en el asiento delantero junto al chófer, adoptando una posición graciosa. Parecía quebrado por la mitad porque tenía su cabeza y parte del cuerpo girado hacia atrás. Sus ojos fijos en Martita no hacían el menor movimiento. Parecía hipnotizado mientras ella hablaba sin parar de la lluvia, sentada entre Alberto y yo, sin preocuparse porque estuviera mojando el asiento o nuestra ropa. Cuando llegamos, se fue a cambiar y a secarse el cabello mientras nosotros tres nos quedábamos en la cocina preparando el mate. Estuvimos charlando y mateando hasta la noche. Darío hablaba de los conflictos sociales que ya se perfilaban en nuestro país sin demasiado entusiasmo porque no lograba despertar el interés de Martita. Quizás había notado, también él, ese intercambio de miradas. Alberto cebaba en silencio.

A partir de aquel gesto que sorprendí en esa galería, algo se quebró en mi interior. Con dolor disimulado, observé cómo Martita acosaba a Alberto con la mirada. Sus ojos celestes brillaban con cada mate que él le alcanzaba y no se los quitaba de encima. Sorda a nuestros comentarios, ignoraba mi presencia y la de Darío como si no estuviéramos allí. Alberto me sonreía cada vez que era mi turno con el mate con esa actitud amistosa con que solía tratarme siempre, pero su mirada flotaba sin verme como si rebotara en un espejo y nada la retuviera. Sus ojos negros que tanto me habían subyugado, se agitaban constantemente pero no me buscaban, seguían los movimientos de ella como si temiera que pudiera irse o dejara de mirarlo.

Esa noche fue el punto de inflexión, el momento exacto en que cesó la influencia que Martita ejercía sobre mí. Se había traspasado un límite. Y ella lo supo. Sin que mediara ninguna explicación, sin que nos lo hubiéramos propuesto conscientemente,

dejamos que nuestro contacto se fuera perdiendo poco a poco. Pasó el tiempo y nunca más la volví a ver. Hasta hoy en que esos noticieros me anunciaron su muerte.

Recién entonces comprendí que su vida se había amalgamado a la mía de una manera que ninguna de las dos podría haber previsto esa mañana en el aula de 4º grado. Posiblemente Martita, sin conciencia de sus carencias, había aceptado como algo natural que yo estuviera siempre ahí para ella, sin condiciones ni reservas. Y yo había rehusado enfrentar mis fantasmas ocultándome tras la materialidad de sus deseos sin cuestionarme nada. Juntas habíamos recorrido un camino que a otros les había parecido abusivo y esclavizante. Pero, ¿cuál de las dos había sido realmente la esclava? Quizás se había tratado del mismo camino que había unido a Mina con Drácula cuando ella, sabiendo que era un monstruo chupasangre condenado a la eternidad, lo había amado con la certeza de que, llegado el momento, lo abandonaría a su destino.

Volví a buscar la noticia en varios momentos del día. Tenía la esperanza de que los periodistas me contaran algo más sobre su vida pero me dejaron sin nada. No se volvió a mencionar a la jubilada asesinada en la puerta de su casa y no conocí más que el escueto final reseñado durante esa mañana. No se habló más y Martita desapareció tragada por otras noticias de la inseguridad cotidiana. Fue otro caso, otro número que venía a engrosar la estadística, cuando decidí apagar el televisor.

Agosto 2014 – Concurso “Julio Cortázar” - CTPCBA